

Mi papá pinta poemas

LUIS PEROZO CERVANTES



EDITORES

Luis Perozo Cervantes
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2019.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9781704829180

Ilustraciones:
Marcelo Perozo Cervantes
Andrés Saval

Digitalización de las ilustraciones:
Marcelo Perozo Cervantes

Concepto Editorial:
Luis Perozo Cervantes

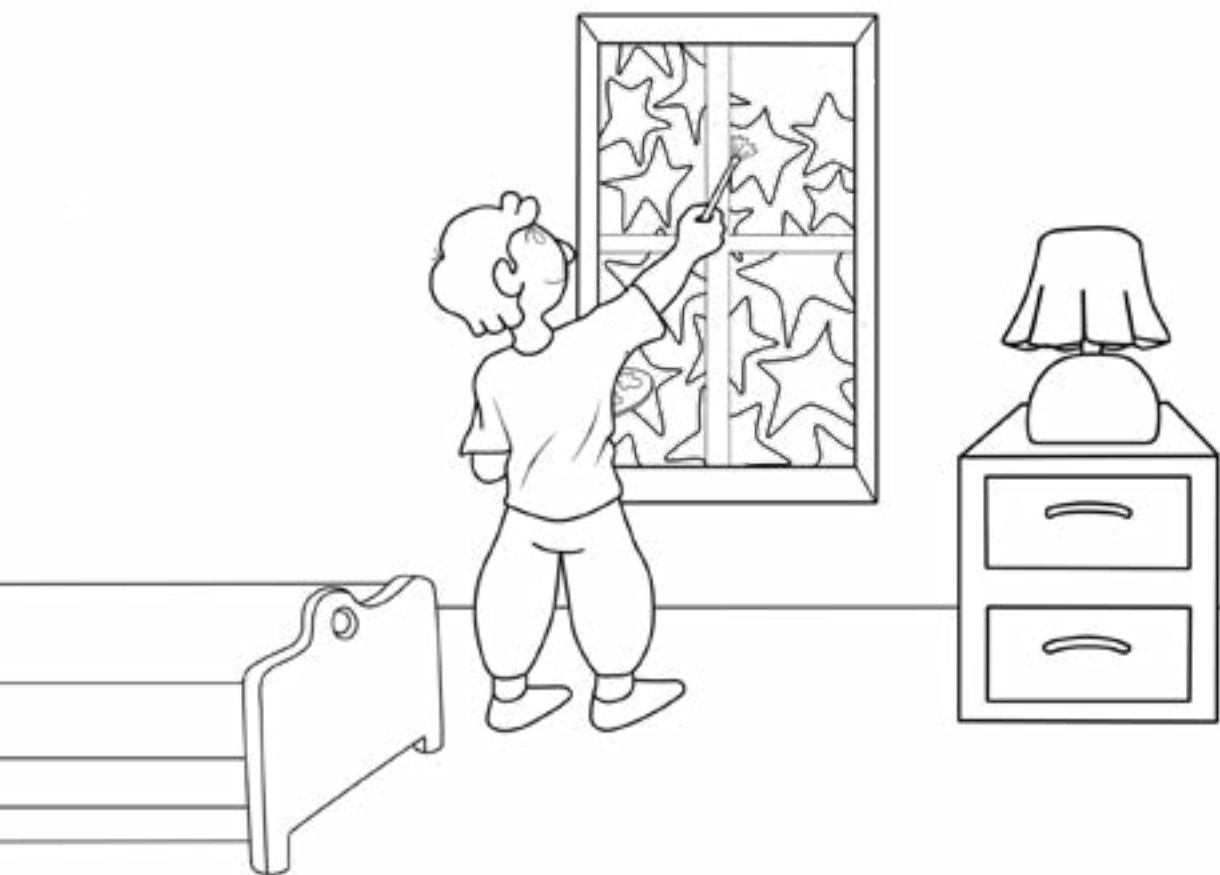
Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriera en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

MI PAPÁ
PINTA
POEMAS

LUIS PEROZO CERVANTES



Si yo fuera pintor, tendría
una pequeña estrella
peluda para dibujar, o
pintar, o marcar, formas
de estrellas en el cielo de
mi cuarto.

Mi papá dice que
las alfombras
mágicas existen, y
que sus colores son
especiales:
todo consiste en que
están hechas con los
mismos hilos que
han hecho las nubes.





En mi cuarto hay un
libro de colores que
tiene dentro a un niño
cabezón y sonriente que
se parece a mí. A veces
pienso que mi papá
estaba pintándome, y
me pintó tan bien, que
de un salto me escapé
para abrazarlo. Y desde
entonces se puso a
pintar muchos niñitos
igualitos a mí.

Cuando era más
pequeño, es decir,
cuando era una
hormiguita, mi papá
caminaba con cuidado,
no fuera que por error su
gran pie me manchara.
Sí, su gran pie, porque mi
papá antes pintaba con
los pies, y dejaba grandes
huellas rojas en la boca de
las cuevas. Y como yo era una
hormiga, caminaba siempre
por sus huellas, siguiéndolo,
mirándolo, aprendiendo como
su pincel pintaba las primeras
nubes de mi cielo.





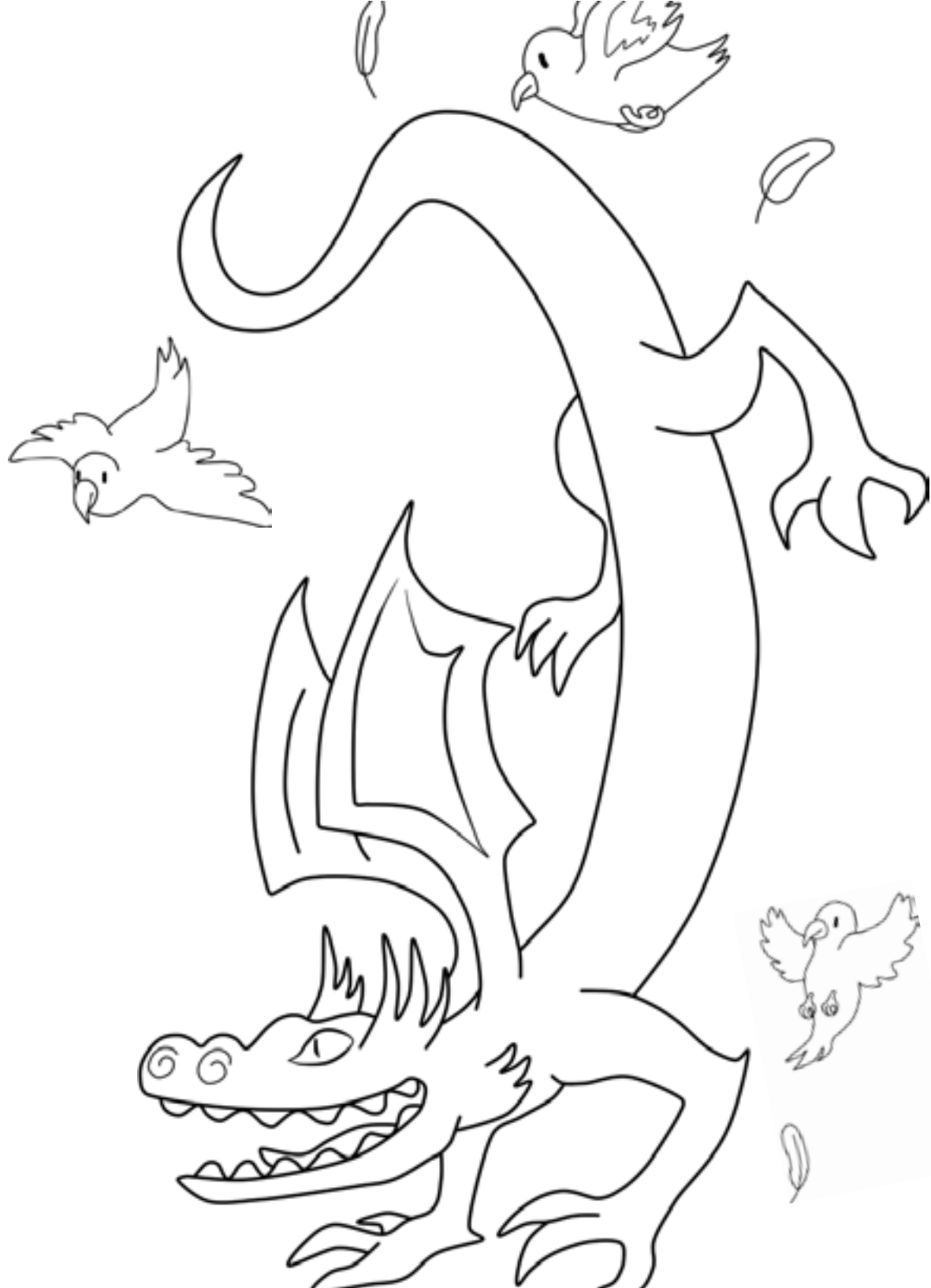
Mi papá me enseñó a
contar historias, así
como lo hacían los viejos
piratas en sus barcos.

Mi papá pintaba piratas
que contaban historias
y tenían cotorras de
muchos colores.

Mi papá los hacía bailar
y tener fiestas con monos
en el mar. Y cuando los
miras fijamente, me
dijo mi papá, ellos te
contarán o te cuentan

una de esas travesías
por el mar Egeo, o
el peligroso capítulo
cuando conocieron la
isla del Kraken, esa que
el monstruo lleva en la
cabeza. Son muchas las
historias que mi papá
me enseñó a contar, por
ese método de mirar
fijamente a los ojos, que
da historias de muchas
cosas y de muchas
gentes.

En mi cuarto, hay un cielo enorme, muy azul. A veces cuando me siento solo, dibujo algunos pajaritos parlanchines para que me cuenten sus historias amazónicas, sus viajes desde Argentina hasta Brasil, o sus divertidas conversaciones con las cacatúas que están enjauladas en las islas del Caribe. Una vez se me ocurrió pintar un dragón. Éste, que no estaba acostumbrado a compartir tertulia con canaritos, cacatúas, colibríes, tucanes o loros, empezó a lanzar fuegos por todo el cuarto.



Quemó las velas de los barcos
piratas, achicharró las casitas
de paja y de madera que
habían construido los cerditos,
chamuscó la cola de un perrito
que escondía en la pared que
está tapada por mi cama. Fue
difícil convencerlo para que se
calmara.



Tuve que pintar un caballero
con armadura y un caballo,
que lo hiciera entrar en razón.

Al final descubrimos que el
dragón tenía un terrible dolor
de muelas, así que abrió su
calurosa boca, y con cuidado
le borré el diente que se había
roto por tantos bocadillos
rostizados.



A mi papá le gustan los leones, tiene muchos pintados en su salón de trabajo. Dice que los leones son gatos peludos y que bajo todo ese cabello, hay un inofensivo felino que juega con una pelota o toma leche. Por eso no me gusta cortarme el cabello. A veces parezco un león, cuando mis cabellos saltan por todos lados. Soy un león grande y fuerte, que se come toda la carne que mami, es decir, mi mamá, me sirve en el plato.

Ummm, ñomi. Soy el gran león come carne, ñomi ñomi.

Pero a veces también hay que tomar leche y mi mamá me lleva a cortar el cabello.





Mi abuelo ha sido muchas cosas. Una vez fue astronauta de escaleras. Pintó con barro y piedra una escalera tan grande que pudo llegar hasta lo más oscuro del espacio, donde las estrellas se acomodan para dormir. Allá arriba conoció al señor Lumi. Él era el encargado de que nadie despertara a las estrellas, que se acomodaban y acomodaban para, después de mucho rato, dormir. Al ver a mi abuelo entre las estrellas, Lumi se enojó muchísimo y empezó a empujarlo para que se marchara.

Pero mi abuelo es grande y tiene muchos vellos blancos en el pecho y por más que el pequeño Lumi empujaba, no podía sacar de su asombro al abuelo, por primera vez veía de cerca a una estrella.

El abuelo cuenta que las estrellas cuando duermen brillan más y que Lumi era un artista en eso de organizar estrellas, ya que a él debemos el orden de las grandes constelaciones o las difíciles figuras que imaginamos cuando unimos las puntas.



Mi abuelo le mostró a Lumi
su larga escalera, orgulloso
de su arte, pero Lumi echó a
reír mostrándole una escalera
más larga, hecha de puras
estrellas dormidas. Ante eso
mi abuelo quedó maravillado y
se volvió amigo de ese pequeño
cascarrabias que cuidaba
estrellas.

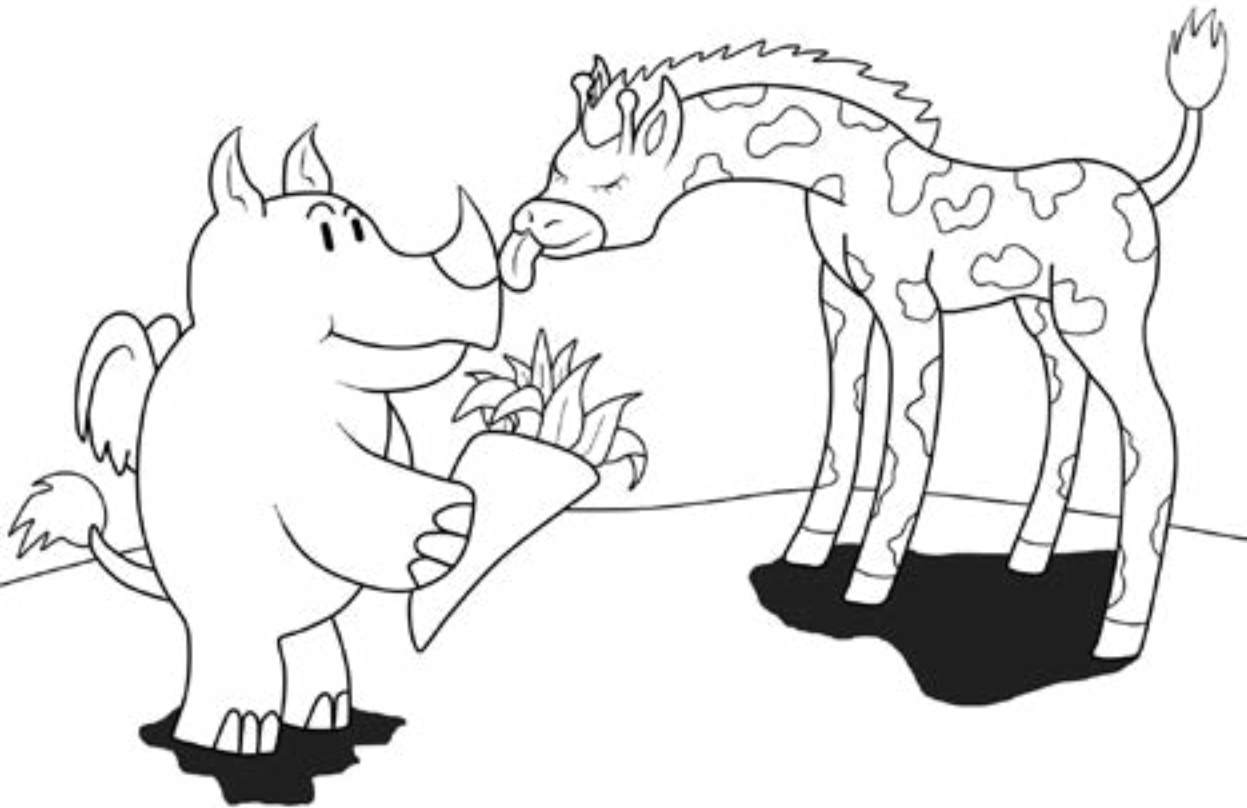


Desde entonces el abuelo
también pinta con puntos,
haciendo pequeñas manchas
por todo el mundo para que
Lumi vea que ha aprendido su
arte de ordenar estrellas.



La mascota más grande que he tenido fue un hermoso rinoceronte volador que mi papá pintó en la cocina para que yo pudiera regresar volando a mi cuarto después de comer las galletas que mi mamá me hace. Adoro esas galletas tanto como adoro a mi rinoceronte. En su nariz tiene una daga, que si aguanta la respiración suena como una flauta de pan. Su cuero es gris y áspero como el cuero del abuelo. Su cabello, como el de todos los rinos es muy pequeño. La historia del rino es muy extraña, porque en una de esas expediciones a mi cuarto, el señor rinoceronte se enamoró de una Doña Jirafa, que había dibujado junto a otros animales que los piratas traían del mundo perdido de los Trolls.

Doña Jirafa había pasado muchos años en ese lugar tan extraño así que su cuello se había reducido para poder esconderse mejor y ya no comía de las hojas más tiernas de los árboles sino que lamía las piedras hasta quitarles todo el sabor.



Fue una cosa divertida. A veces el rinoceronte se aparecía con un ramo de hojas recién dibujadas y tocaba a la puerta del camarote donde la jirafa se escondía del sol. Entonces Doña Jirafa lo miraba con sus ojos crecidos y se acercaba lentamente. El rinoceronte, que ya sabía lo que ella iba a hacer, se quedaba inmóvil. Entonces la jirafa, creyendo que era una gran piedra alada, pasaba su lengua por su cuero áspero y rugoso.

Pero como los dibujos evolucionan, un día la jirafa, que ya había cambiado antes, se convirtió en una jirafa carnívora y se comió al pobre rinoceronte que estaba enamorado de ella.



Un día, mi papá pintó un
puente. Solo un puente,
así que yo me pregunté
porque no había bajo ese
puente un lago, un río, un
mar extensísimo,

o por lo menos un charco,
algo de agua que ayudara
al puente a saber quién es.

Entonces mi papá me alzo
con sus manos fuertes, y
llenándome de pintura,
dijo: este es un puente de
bolsillo, para que cuando
un mar, una charca o un
rio se te atraviesen, tú
los pases, sin mojarte, ni
mojar a los demás.

De noche es cuando más deseos de ser pintor tengo. Porque mi papá pinta sus cuadros más bellos en la noche. Él dice que es porque sus pinceles se han cargado de sol, y después, cuando la luz se ha ido, el puede sacar sus pinceles para pintar sin necesidad de bombillos. Así, cuando los pinceles empiezan a quedarse sin luz, los deja y se va a dormir, para continuar al día siguiente con su trabajo.



Hace muchos años mi papá
había pintado un río. Pero era
un río problemático. Tenía mal
carácter. Se metía en las casas
de las personas pobres, y de las
ricas. Se metía en las escuelas,
y dañaba los cuadernos, se
llevaba los lápices y mojaba
las tizas. Yo lo veía en el
lienzo, un poco intrigado.
¿Cómo podía un lindo río,
color azul, ser tan malvado?
Había una niña llorando en
una piedra y supe que quizá
allí estaba el problema. El río
estaba triste porque la niña

se había perdido, y solo pedía un poquito de atención, para que rescataran a la pequeñita, de vestido rosado, que sobre una piedra lloraba. Se lo conté a mi papá, y él me dijo que la niña no lloraba porque estaba perdida, sino porque el río se había llevado su casa.



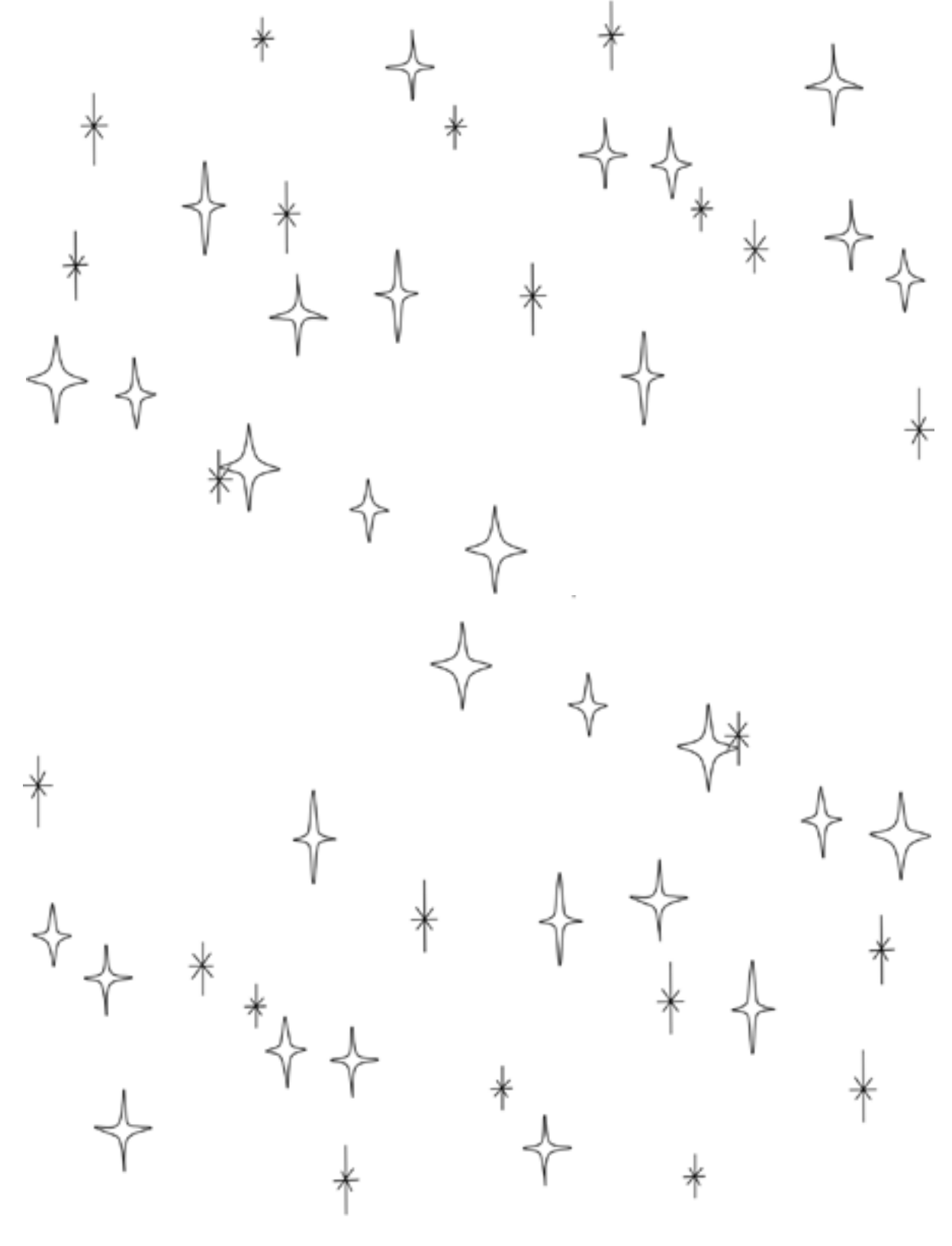


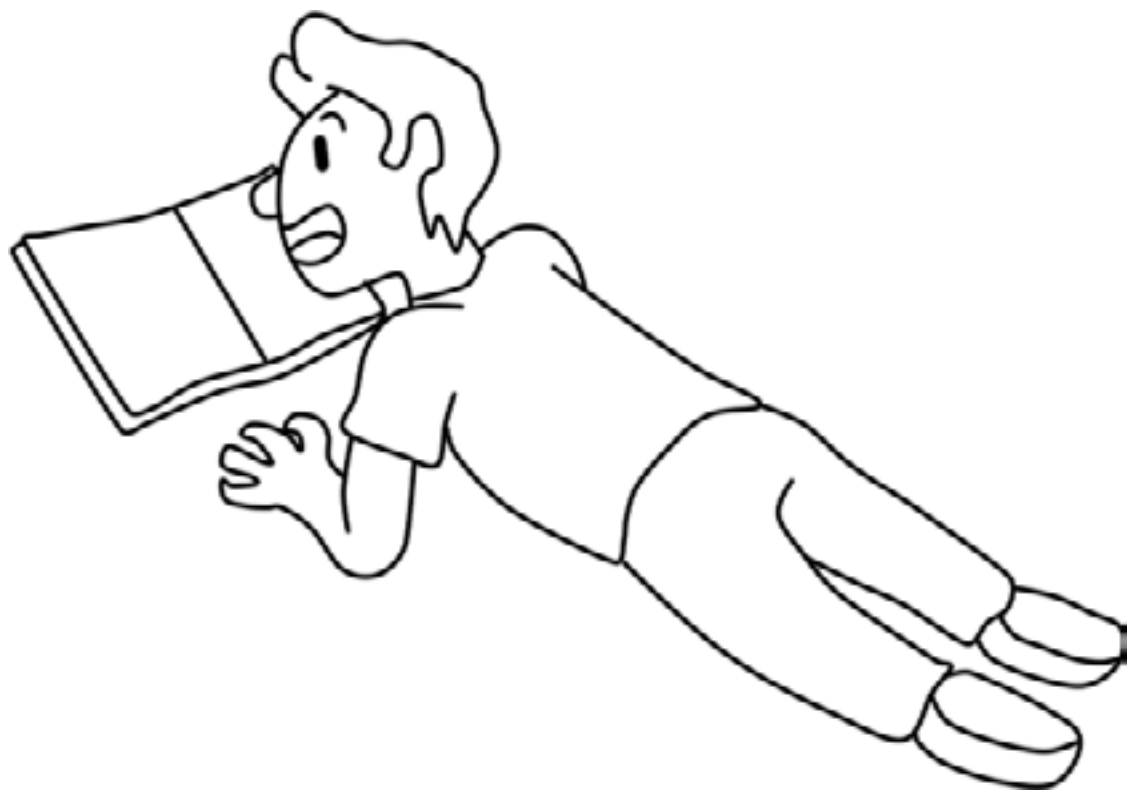
Un día me desperté soñando
que el pincel de mi papá había
caído en un pozo de agua y
que lo perdía para siempre.
No podía creerlo así que fui al
cuarto de la pintura, pero no
encontré a mi papá trabajando.
Fui a la cocina y mi mamá no
estaba tampoco, luego, a la
habitación de mi abuelo, quien
dormía, pero dormía mucho.
Triste, pero decidido, busqué
un pozo de agua, en algún
lugar de casa. Recordé que mi
papá había pintado uno hace
mucho tiempo,

y entre los cuadros olvidados
conseguí el pozo de mis sueños.

Miré adentro con mucho
cuidado, quizá con miedo, pero
pude ver que la caída del pincel
había hecho que el agua del
pozo fuera de muchos colores
y tuviera un brillo hermoso.
Supe que allí adentro estaba
mi padre, y que mi mamá
fue a acompañarlo.

Salí con el lienzo del pozo en la
mano y lo colgué en mi cuarto,
junto a todas mis historias,
para saber que en los colores y
en el brillo del mundo está mi
papá, que pinta para mí.







Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 2 de noviembre de 2019, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristóbal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día del año 1951 en que naciera el curador y crítico de arte Carlso Alberto Sánchez Fuenmayor.

www.sultanadellago.com